Creación literaria: Entre letras y lugares

Experiencias de vida escritas por Marley Cruz

Por: Marley Cruz Fajardo

Licenciada en Educación básica con énfasis en Educación artística

Universidad Distrital FJC

Compiladora: Martha Lucia Barriga Monroy

Presentamos a continuación una serie de cuatro escritos fruto de la creación literaria de Marley Cruz Fajardo, Licenciada en educación básica con énfasis en educación artística de la Universidad Distrital FJC de Bogotá, Colombia. El primer texto tiene como ingrediente primordial las experiencias personales que la autora tiene en relación con la literatura, los lugares remotos en los que ha residido y los procesos de aprendizaje de las letras en sus primeros años de vida. El segundo texto es una corta, pero sugestiva creación sobre el dolor y los sueños en una noche de quimeras. El tercer escrito presenta una reflexión acerca de la historia de los héroes científicos nacionales, su relación la enseñanza de la literatura en la actualidad, basándose en su experiencia docente y en la relación con las circunstancias actuales del país. El último texto, permite un viaje por tierras lejanas a los ojos de la autora, que divisan las diferencias culturales, políticas y artísticas que se tienen con un país isleño. De esta manera, estas creaciones autobiográficas, permiten acercarse a lugares desconocidos y dan cuenta de la importancia de la literatura en la construcción del ser social.

Primeras letras

En la vida, a las personas nos pasan cosas curiosas y se nos dan las experiencias de manera diferente, solemos recordar las cosas, muchas veces, mejor de lo que en realidad fueron. El aprendizaje de la lengua oral y escrita es de suma importancia en la vida de todo ser humano, y en mi caso se dio de manera atípica. Para entenderla les contaré un poco de mi historia, de aquellos tiempos que ya no volverán. Les contaré sobre los años de mi infancia y de mi adolescencia; son los años quizá, más felices de mi vida; aquellos años protegidos por la seguridad de la niñez.

Nací en un pueblo grande: Pitalito Huila; donde la calidad de la educación de los colegios públicos es muy alta en comparación con otros lugares de la geografía colombiana; esta sería la razón que me llevaría de vuelta a mi ciudad natal años más tarde; pero vamos en orden. Luego de mi nacimiento, nos trasladamos a Florencia Caquetá, en cuyos paisajes aledaños se puede divisar la grandeza y majestuosidad de las selvas Colombianas. ¡Cómo recuerdo esos años primeros de mi vida, el olor de la tierra, el sonar de sus ríos y quebradas y la brisa de sus orillas, el verde de sus paisajes, la calma de su horizonte!. Así era, así lo recuerda mi memoria, cuando mi padre me llevaba a sus viajes por la selva del Caquetá, Putumayo y Amazonía, en busca de nuevos horizontes, de nuevas formas de ganarse la vida. Muchos lo criticaban, pues según las gentes no estaba bien que una niña que escasamente sabía caminar acompañara a su padre a lugares tan remotos. Era como Bonnie Blue acompañando a Rhett Butler.

Cuando llegábamos a casa nos esperaba mi madre ansiosa por nuestra llegada, con comida caliente, con esa exquisitez que solo saben dar las madres; nos esperaba también la ciudad y sus lucecitas, con el vapor que se desprendía del pavimento de mi calle, en el que me gustaba colocar los pies descalzos y corretear con los niños del barrio bajo la supervisión paterna. Aun me veo en los brazos de mis padres, mientras me leían en las noches, antes de ir a la cama, cómo recuerdo las bellas ilustraciones que traían los libros de esas épocas, tiempos de la niñez. Las bellas historias que contaban y esa unión familiar que casi no se ve

por estos tiempos. Esos fueron mis primeros nexos con la literatura, bellos recuerdos, los más bellos de toda mi vida.

Aquellas historias que me leían mis padres estaban llenas de muchas aventuras, de emociones y mucha ternura. Pasábamos con mucha facilidad de los típicos cuentos infantiles, como Caperucita roja, Los tres cerditos, Blanca Nieves, a las bellas historias de Las mil y una noches, así conocí a Aladino y su lámpara maravillosa, así conocí a Alí Babá y a sus 40 ladrones.

En otras ocasiones, cuando estábamos en casa, mi padre solía leerme el periódico, o sus libros sobre mecánica automotriz; para mi padre era importante leerme, cualquier cosa, lo que fuera, pero leerme. También estaba ansioso por enseñarme a escribir, creo que él más que yo. El 17 de mayo de 1993 aprendí las vocales, recuerdo que mi papá me enseñó con paciencia la forma de estas letras, mientras que en el cuarto del lado se efectuaba un nacimiento de otro tipo, ese día nació mi hermana, una criaturita de ojos azules como el mar y de cabellos rojos cobrizos.

En ese mismo año ingrese a la escuela, la hallaba tediosa, no encontraba mi lugar entre esas cuatro paredes del salón de clase, aún no termino por acostumbrarme, la verdad no entendía por qué tenía que ir a otro lugar para "aprender", si podía hacerlo en mi casa, con mis padres y mi hermana recién nacida. Así pasó el año, cursaba preescolar y estaba ávida por saber lo que decían los anuncios en la calle, las recetas de cocina de mi mamá y los afiches en los cuartos de mis tíos.

A inicios de 1994, justo cuando iniciaba el año escolar, mi padre al fin decidió comprar una de las fincas que íbamos a visitar en la selva, a orillas del río Caquetá. Era un lugar paradisiaco, en medio del pulmón del mundo, donde maullaban los tigrillos al otro lado del río, donde se posaban las boas debajo del entablado de la casa, donde el cielo mostraba todo su esplendor en las noches y nos reuníamos en familia a observar la belleza del firmamento; ese contacto tan cercano con la naturaleza virgen cambio mi vida. "Infancia es destino" dicen por ahí, tal vez tengan razón. Desde ese entonces, siempre que necesito tranquilidad, paz, viajo hasta esos remotos lugares para encontrarme, para tomar fuerza y enfrentar los avatares de la vida con serenidad.

La escuela quedaba a dos horas de camino por entre la selva, era la escuelita de un resguardo indígena y por tal motivo no pude volver al colegio; desde entonces mi padre se puso en la tarea de enseñarme lo que una niña de mi edad debía saber: leer, escribir, sumar, restar, multiplicar, dividir, historia de Colombia, geografía. Qué lindo era estudiar en medio de los cultivos de mi papá, que bello era aprender las poesías de Pombo con mi madre en la cocina, que idílico era cantarle canciones de cuna a mi pequeña hermana en su hamaca, las mismas que un día mis padres me cantaron. Era muy común que en los dictados que me hacían se encontraran frases como "Anoche el güio se comió dos gallinas, las mejores ponedoras del corral de mi mamá", o "Al vecino Antonio lo mordió una culebra y casi se muere, por fortuna se salvó"

Esta vez los cuentos que me leía mi papá eran leídos por mí a viva voz. Recuerdo que leía lo que hubiese: periódicos viejos, revistas, libros de cocina, de narcotráfico, panfletos de los grupos subversivos de la zona, y hasta La Vida es Sueño de Calderón de la Barca cayó en mis manos, pues en estas zonas tan alejadas se tiene que jugar con las fichas que le pongan.

Algunas veces leía por gusto, otras por obligación, pues mi papá es de los que piensan que la letra con sangre entra, aunque se dio sus mañas para cambiar la sangre por el amor. A mi madre le debo el amor por la poesía, fue ella quien me enseñó de memoria los poemas infantiles de Rafael Pombo, algunos versos de Calderón de la Barca, o El Seminarista de los Ojos Negros.

Aun no salgo del asombro cómo dos personas como mis padres, sin una educación avanzada pudieron hacer que me gustara tanto estudiar. Ese amor por las letras, el arte y las ciencias se los debo a ellos; ese amor que intentaron cercenar cuando volví al colegio, esa creatividad que se vio amenazada al verme metida en cuatro paredes mirando a un tablero.

Cuando volví a "la civilización" ya tenía ocho años y estaba muy grandecita para cursar el primer año. Por fortuna, la profesora se dio cuenta de los conocimientos que tenía y decidió promoverme a tercero de primaria. La verdad era muy poco lo que aprendía en la escuela comparada con lo que aprendía en la selva al lado de mi familia. Además los extrañaba profundamente, echaba de menos el llevar las

cuentas de las cabezas de ganado de la finca, escribir acerca de las cosas cotidianas, extrañaba jugar con mi madre a la que recitara más a prisa alguno de los poemas de sus viejos libros y, por sobre todo, escuchar los lloriqueos de mi hermana.

Pero bueno, la realidad era otra, estaba de nuevo en mi ciudad natal, en busca de una mejor y más avanzada educación; en un colegio público, con treinta estudiantes más y viviendo en casa de mi abuela paterna. Mi vida se partió en dos, hacía mis deberes escolares como quien está en un estado inercial del cual ninguna fuerza externa lo puede sacar; a mi vida le faltaba esa chispa que adquirió en los primeros años de mi niñez. Fui una estudiante aplicada, siempre tenía mi boletín con buenas notas, sabía que eso les gustaba a mis padres, ese era mi regalo de bienvenida cuando nos encontrábamos en vacaciones. Pero algo había cambiado. Nunca deberían separar a los niños de sus padres. Pero la vida real es así y muchas veces hay que hacer cosas que duelen para sacar un proyecto adelante. Desde entonces no volví a vivir con ellos permanentemente, siempre estuvimos separados durante larguísimas temporadas, era mi educación versus la unidad familiar. Hasta hoy ha sido así.

A veces echo un vistazo hacia atrás como ahora, y me es imposible no mirar con nostalgia aquellos años, recordar los paisajes, el olor de las flores, los angostos caminos, los cultivos, el fogón de leña, el calor del hogar, las fuertes tempestades, los días de pesca, los días de cacería, aquel fin de año en que nuestros fuegos artificiales fueron las estrellas fugaces del firmamento. Las vacas con afilados cachos que me perseguían por los potreros; el correr del río frente a mis ojos, tan tranquilo, tan peligroso; el amor, el encanto, la vida, la familia; recuerdos que no me permiten desfallecer, pero que susurran a mi oído aquella canción de cuna que me arrastra al abismo de mis recuerdos. A veces, en las noches, antes de dormir me veo en esos momentos en alguna pequeña embarcación acompañada por mis padres y mis hermanos, por aquellos ríos que amo tanto escuchando aquellas tonadas que solo se pueden oír en las profundidades de la selva virgen de mi amada patria.

Necesité de varios años para devolverle a mi vida ese amor por las letras, por la ciencia. No sé en qué momento se dio tal renacimiento, tal vez fue después de alguna de las peroratas de mi profesor de geografía,

cuando no se cansaba de decirnos "Lean", o tal vez después de escuchar algunas de las lecturas de mi profesor de literatura; quizá después de leerme empedernidamente *El diario secreto de Ana Bolena*, cuando me uní al club de lectores de mi colegio en 1999, fue este el primer libro que leí en menos de 48 horas, sin dormir, sin comer.

El resurgimiento de mi pasión por la ciencia, sé exactamente cuando ocurrió, fue el día en que perdí mi primera evaluación. Esa mala nota me dolió hasta los huesos; era una evaluación de matemáticas, sobre números decimales, ¡cómo olvidarlo! Desde entonces me interesé de una manera más visceral por las ciencias exactas.

He tenido los mejores padres y maestros que joven alguna hubiera podido tener, siempre pendientes de mi evolución académica de una forma mucho más íntima que la de un estudiante promedio. Profesores interesados en brindarme una educación integral, pese a lo tediosas que me han parecido las aulas. Que afortunada he sido al toparme con experiencias y personas tan trascendentales y bellas. Mis nexos con la literatura han sido buenos, puede que no me haya leído todos los clásicos de la literatura universal, pero de algo estoy segura, y es que los libros que han caído en mis manos, han sido leídos con una pasión y una devoción que me sale del corazón.

Y el dolor

A la memoria de Ilmer, de cuyo dolor no me pude despedir

Son más de las 12 de la media noche y despierto, Ella hace poco ha salido de mi cuarto, ha dejado agua caliente en el termo y las medicinas encima de la mesa. Y yo me pregunto por qué lo hace, ¿qué la retiene a mi lado? Lástima, tal vez... he logrado despertar su lástima. Mis gritos de dolor se escuchan por todo el pasillo de la casa; cada vez me siento peor. Y todo el dolor del mundo se concentra en mis oídos, siento todo el ruido del infinito sobre mi cabeza. Ahora estoy como un zombi, el dolor me ha dejado pasmado, ¿o será efecto secundario de la morfina? De repente mis gritos se hacen más intensos, ella se llena de valor para no gritar de desesperación. Entra a la habitación, toma mi brazo, inyecta el líquido mortal para mí, vital para ella. Mi llanto se apaga, mi dolor persiste, solo que ya no puedo hacer aspaviento.

¿Qué será ese brillo que sale de la mano de mi esposa?.. ¡Es un cuchillo... puedo verlo con claridad! Viene a matarme ahora que estoy semiconsciente, ahora que no puedo moverme, ni gritar, ni defenderme. Pero, ¿qué digo? Si yo no quiero defenderme, no puedo hacerlo. He estado esperando este momento durante años. Al fin tuvo el valor de hacer lo que yo no he podido, terminar con mi dolor, cortarme la cabeza, las manos, extirparme el corazón. Ahí viene, se acerca, duda... duda sobre donde dar primero. Y va directo a ese musculo que late con locura. Un gemido de alivio sale de mi sangriento pecho... y exhalo por última vez.

-¡Ana! ¡Ana! Tranquila, es solo un sueño. Has tenido fiebre toda la noche. Tranquila, es solo un sueño.

-¿Qué hora es? - pregunto-

-Las 12 en punto - Dice una voz difusa a lo lejos.

Abro los ojos, y ellas están ahí como fantasmas, Santa Teresa, Santa Vicenta, Santa María, se mueven a mi alrededor como mariposas. Calientan agua y ponen compresas sobre mi cabeza. Intento levantarme y un líquido acuoso, con mezcla de sangre agua y pus sale de mi oído derecho. Vuelvo a caer en cama y sigo soñando.

¿Literatura científica crea nuevos heroes?

Colciencias, en un loable intento por hacer que los niños y jóvenes colombianos conozcan un poco más sobre los héroes de la ciencia y la tecnología en la historia de nuestro país a partir del siglo XVIII, publicó 18 volúmenes escritos por reconocidos escritores latinoamericanos como lo son: Gonzalo España, Sandro Romero, Celso Román, Carolina Alzate, Irene Vasco, entre otros; libros que datan de la vida y obra de personajes importantes en la historia Colombiana como el Sabio Caldas, Julio Garavito, Claude Vericel, Jose Maria Villa y Francisco Javier Cisneros. Muchos de estos grandes personajes empolvados en los libros de historia de alguna de nuestras bibliotecas.

El objetivo de esta serie juvenil es ensalzar a los héroes de la ciencia y la tecnología en nuestra patria para que sean reconocidos por parte de nuestra juventud; son libros con hermosas ilustraciones y con una gran cantidad de sucesos veraces en la historia. Los escritores se pusieron en la tarea de mezclar la veracidad de la historia con otros hechos no tan reales para hacer de los libros un universo rico en imaginación, historia y de simbolismo dignos de emulación. Se pretende que con ello se logre incentivar a los jóvenes para que el ejemplo de vida de estos personajes sea fuente de inspiración para nuestros futuros ingenieros, científicos, artistas y maestros.

Se le da el nombre de literatura científica a esta serie para hacer un puente entre estas dos áreas distanciadas entre sí por meros formalismos históricos. La ciencia y el arte son siamesas separadas históricamente para poder ser estudiadas con mayor profundidad. La ciencia y la literatura hacen parte de una misma y única naturaleza que nos envuelve a todos y a todo. Esta serie es un esfuerzo para unir la ciencia, la literatura y el saber común.

La serie lleva a los personajes más allá de sus inventos y descubrimientos, se adentra en sus vidas reflejando en las letras y en las ilustraciones la paciencia, perseverancia y coraje que les invadió para llevar a cabo sus cometidos. Refleja el amor de estos por la ciencia y las artes; nos muestra una cara fascinante de estos hombres que lograron avances muy significativos en diversas áreas. Con el fin de adentrarse en la imaginación de nuestros jóvenes para darles pautas a su libre imaginación.

Este trabajo está diseñado con la finalidad de que llegue a las poblaciones más necesitadas de nuestro país; aquellas donde la educación es vulnerable, como una medida de contingencia a la falta de amor por el conocimiento. Es una manera utópica pero loable de intentar promover el amor por la ciencia y el arte en los niños de nuestra nación.

Este proyecto, al igual que otros de su género, como las escuelas de música en las comunas de Medellín, tiene inconvenientes. Es difícil hacerle creer a un niño que una guitarra vale más que un arma de fuego, cuando este ha visto morir a sus hermanos mayores y aguantar hambre a los menores. Cuando este ha visto llorar a su madre por no

tener que darle de comer a sus hijos, cuando ha visto a su padre asesinar por dinero y a sus hermanas prostituirse por la misma razón. La labor de llevar el conocimiento a los lugares remotos de nuestras ciudades y pueblos es una tarea titánica; pues la cultura por la que estamos permeados no es la más propicia para el auge de la ciencia y el arte. La mayoría de las chicas de escasos recursos de regiones tan apartadas como Puerto Leguizamo o Villa Garzón Putumayo, prefieren que un policía o un soldado del ejército les pida que vivan con ellos, que proseguir con sus estudios, pues ellas saben que las posibilidades de hacerse un futuro por medio de la educación es casi imposible. Muchas de ellas tienen que ayudar a mantener a sus familias y poco o nada de tiempo les queda para poder leer un libro, así sea un libro tan dinámico y divertido como los de la serie que tratamos.

En muchas ocasiones, cuando se entabla conversación con los jóvenes y niños de estas zonas, se termina comprendiendo que el problema de la carencia de nuevos héroes en la ciencia y tecnología va más de allá de la carencia de libros que les renueven sus inquietudes intelectuales; el problema es social, la falta de espacios propicios para un sano crecimiento lejos de las hambrunas, de la violencia y de la inexistencia educativa. La vida es dura para las clases bajas de nuestro país, a donde casi nunca llegan los frutos de hermosos proyectos como los libros de las historias de nuestros científicos.

Las realidades de los jóvenes de nuestro territorio son muy diversas, tan diversas como las clases sociales que tenemos en Colombia. Los más "afortunados", monetariamente por lo menos, también son jóvenes difíciles de tratar. Si bien, estos tienen más posibilidades de poder acceder a materiales como los que propone Colciencias, la influencia de los medios electrónicos hace que los jóvenes se aparten mucho del libro en físico y esto nos lleva a repensar los medios educativos. Ayer le preguntaba a un niño de 10 años sobre lo que quería ser cuando grande y él me respondió: "fotógrafo, o cuidador de perros, pero lo que no quiero ser es como mi papa que solo se la pasa leyendo y leyendo libros". Luego la conversación nos llevó a un tema que está bastante de moda por estos días, había un mural con la ministra que llevaba un rifle en sus manos y de este salía una leyenda: Ley 30. Le pregunte al niño que si él sabía que era la ley 30 y este, impresionado por el tamaño del mural más que por mi pregunta, me respondió: "¡Ahh! es la ley que rige

la educación y los universitarios están en paro por que la ministra va a privatizar la educación” ¿de dónde sabes esto? Le pregunté y él me dijo llanamente: “de internet”

Los jóvenes tienen ahora acceso a más información de la que tuvieron nunca, y esto lejos de ser una dificultad puede convertirse en algo a favor. Si se lograra que por medios electrónicos este tipo de proyectos llegaran a manos de los jóvenes que pasan sus días frente a una pantalla, podríamos lograr un cambio en la concepción de la ciencia y el arte en nuestra sociedad. Tal vez, si intercalamos nuestros medios, tan románticos y personales, como el libro en físico, por los medios electrónicos tal vez podríamos ayudarles a llenar sus soledades con una bella historia, que los inspire y que genere cambios en el pensamiento y en la sociedad. Los jóvenes tienen miedo a estar solos, miedo a deprimirse y esos son vacíos que se podrían llenar con buenas historias.

Así vemos que la influencia de los problemas sociales en las inquietudes intelectuales de los jóvenes es devastadora, que la influencia de los medios electrónicos en el sentir y percibir la vida de otros tantos es inevitable y que proyectos como los de Colciencias son buenas herramientas para comenzar a cambiar la sociedad desde la educación. Si bien, no son armas lo suficientemente efectivas para llevarlas a todos los lugares de la geografía Colombiana, sí son alicientes que podrían ayudarnos como docentes a ejercer nuestra labor. Por eso nos queda al aire la pregunta si la literatura científica crea nuevos héroes o no, o más bien si esta nos ayuda a intentar penetrar en el universo de nuestros jóvenes, quienes cada día son más esquivos y resbaladizos, para hacer un intento de cambiar la concepción de la educación en la sociedad y por medio de esta cambiar el país mismo.

En cualquier lugar aéreo entre la Habana y Bogotá

Soy muy supersticiosa, suelo créele mucho a mis sueños, a lo que entre líneas me dicen. Antes de saber que por fin viajaría a Cuba tuve un sueño particular, revelador: tenía un vestido azul -bailarina de la carpa azul- y arribaba a La Habana. Llegaba a una humilde casa, de tablas azules, de pinturas carcomidas por el tiempo y la sal del mar. Salí a dar una vuelta por la Habana vieja, que quedaba a diez minutos en carro del lugar de mi hospedaje: las casas en ese lugar eran grandes, antiguas,

llenas de misterios que me invitaban a entrar, sólo las miré de pasada, pero con el tiempo suficiente para dejar en mí un sabor de desbordante alegría y un dejo de tristeza. De repente en mi sueño me encontré frente al mar: era una inmensa laguna salada, con arena color marfil, que desembocaba en el ancho, azul, e infinito océano: estaba en Playa Girón.

Mucho he amado esa tierra, símbolo para mí, de los que pudieron hacer un algo diferente, tomar un camino que los hace tan únicos, tan ellos, tan fuertes y tan auténticos. Les he leído en sus letras y en sus músicas; cada palabra, cada sonoridad, causaba en mí una fascinación tan grande como escuchar la palabra "Patria, como un libro, una palabra, una guerrilla, como la palabra amor". Por eso, cuando mi deseo de inicio de año se dio, no hubo felicidad mayor: por fin visitaría la tierra de Fidel, de Alejo, de La Loynaz, de Carilda, de Silvio y de Martí; al fin podría ver con mis propios ojos lo contado por mi amiga cubana, por fin podría llevar de ella sus recuerdos y escucharía con mis oídos el estrellar de las olas con la pared que nos separa del mar.

En las conversaciones con quienes ya habían conocido esta tierra había escuchado mucho de las alegrías y de las penas de los cubanos, siempre con ese timbre político que se empeña en querer definir a un pueblo, y en polarizar las percepciones que sobre la gente y las formas de vida que se tienen. Cansada de escuchar posiciones de bueno y malo, de bonito y feo, lo que en verdad me movía el alma para conocer era esa forma como se piensan su arte, sus letras, sus músicas, quería con toda el alma ver cómo la curva de sus sonrisas se parece a la curva del horizonte en el mar.

No me interesó jamás concentrarme exclusivamente echarle la culpa al bloqueo de la dura situación cubana, o de culpar a Fidel por no adaptarse a los cambios del mundo, nunca me interesó quedarme en los meros chismes de la revolución vs el capitalismo... no quise quedarme ahí, me negué a darle crédito a la mórbida curiosidad de cuántas carencias tienen comparados con nosotros, de su supuesto nivel de atraso. Harta de todo eso, pero con la conciencia clara de saber que la política de un país afecta profundamente a su pueblo- y más a éste al estar enfermo de geografía- quise ver que había más allá de todo aquello, y en esa corta estancia puede quedar hermosamente hechizada con su calor y su fuerte brisa.

Recuerdo las cosquillas y la ansiedad antes del arribo a la ciudad de la Habana, el cielo hermoso, lleno de nubes como ovejitas sin patitas, y al final el inmenso mar... mar que se convirtió en la isla, que me daba la bienvenida. Pienso en lo que aconteció en estos días que parecieran un siglo por todo lo vivido en aquel lugar: recuerdo gentes que me regalaron su tiempo, personas con una humanidad tan inmensa como sus almas, con un destellante brillo en los ojos y esa sonrisa siempre presente en los labios.

Y en mucho tienen y no razón los que me habían contado de las alegrías y de los tantos pesares de los cubanos, pero lo que más me disgustó de las personas que me contaban sobre sus viajes a Cuba era la exclusiva que le dan a las carencias económicas y de calidad de vida, en las dificultades para conseguir lo del diario vivir. Pero también me habían contado de la proverbial alegría de estas personas, de su don de gente y de la musicalidad en su hablar, de lo folclórico de sus costumbres y en su cercanía en el trato con el otro. Desde un inicio me había prometido no hablar de política con los cubanos: un país es más grande que sus dirigentes o que los vientos por los que la geopolítica los marque. Mi interés en Cuba siempre ha ido más allá de esa mórbida curiosidad para con los que tienen una sociedad tan distinta al resto del mundo pese al trasegar del tiempo.

En el marco del evento al que acudí estaba la visita a escuelas en la ciudad: la escuelita de José Martí recibió a un grupo de más de 20 extranjeros para mostrarnos con todo orgullo su biblioteca. Me conmovió profundamente el ver dos filas de niños y niñas con sus pañoletas azules haciéndonos calle de honor: ¿acaso puede existir honor más grande para un docente que ser recibido en una institución educativa, por sus niños con miradas de complacencia? La canción que sonaba al fondo era la Guantanamera. No puedo dejar de recordar el brillo en estos niños tan sencillos, tan contentos por nuestra visita. Me transporté a alguna de las escuelas que conocí en mi niñez... ¡Esa sensación de estar en otro tiempo, en un tiempo angelicalmente remoto! Todo era tan distinto a cómo me he acostumbrado: salones de máximo 15 niños, tableros de tiza, pizarras, cuadernos forrados con papel de regalo. Qué remotas vivencias trajo a mí este lugar.

Al llegar a la biblioteca tuve que escapar, no por el lugar, no por los cubanos, sino, aunque me avergüence decirlo, por mis compañeros de

evento. Los comentarios, las críticas que en nada aportan a la construcción de sensibilidades y de conocimiento, cuyo único fin era el de denigrar la educación cubana: "¡mira esta edición de 1972, hasta hongos debe tener!" mientras yo pensaba: y nosotros tenemos libros digitales que nadie lee, ¿eso nos hace mejores, más desarrollados?, tenemos cursos de 45 estudiantes donde al docente le queda casi imposible impartir una educación humanizada, en pro de la construcción del individuo y no de analfabetas funcionales. Así que para contener mi rabia e impotencia al ver a todos con sus iPhone, con sus cámaras, que nunca buscan la magia de la imagen, sino el *yo estuve ahí*, salí por un lado, cuidadosamente sin que el auditorio lo notara.

Tan pronto estuve fuera, en compañía de un docente de la institución y de otra colombiana a quien le incomodó la actividad, fuimos a dar un paseo por la escuela. Entramos a un salón de clase y con el aval de la docente encargada, puse en acción alguna de mis hechizos musicales para encantar a los chicos... a todos los niños que conozco les impacta mucho que se les cante, es como el sonido del flautista de Hamelin, y ellos son como los niños encantados del cuento, pero al puente al que habría que llevarlos es al de sus sueños y su imaginación.

Entre cantos seguidos por los niños, tuve la oportunidad de hablar con otras maestras, ellas estaban un poco distantes, pues minutos antes alguno de los visitantes había criticado de mala manera el sistema educativo cubano. Yo por mi parte, intentando disculpar tal atrevimiento, les hablé del fascinante que es poder disponer de un salón de clase con 10 o 15 niños, pues de esta manera se puede hacer un seguimiento más detallado del desarrollo de cada estudiante. Y rompiendo el hielo, me contaron cosas sobre su profesión como docentes, orgullosas de su sistema educativo y de la manera como sus chicos aprenden, me sentí feliz. Quedé fascinada con las ediciones de sus libros infantiles, ilustraciones tan perfectamente elaboradas, tan artesanales, con colorido y contenido. Tuve la oportunidad de conocer las letras de un escritor de literatura infantil y entre cafés y dedicatorias, traje conmigo un tesoro lleno de circos, de poemas, de verdes, de gallos y de bosques. Libros dispuestos para ser compartidos con estudiantes en algún colegio bogotano.

En una de mis huidas del evento para poder hablar con algún cubano y saberles un poco más, me encontré mirando las olas del mar,

compartiendo atún y galletas con un grupo de jóvenes isleños. Tuve la impresión de perderme en la inmensidad del agua cuando de repente me solté de la mano de mi joven conductor por entre las olas, quien quiso darme un escarmiento para que dejara de tenerle miedo al mar. Las olas estaban muy picadas, jamás había conocido un mar tan bravo como éste, de color azul y con arcoíris como prenda; por un instante sentí el agua salada en mi boca, que sin dejarme respirar me reclamaba el miedo que guardo desde niña a las aguas profundas.

Recuerdo con gusto la mirada de las mujeres mayores al ver mi joven rostro, la adultez, la complacencia y la magia de ver a una chica tan joven –en términos académicos por lo menos- en un congreso al que asisten muchos por reiterada consagración desde hace 14 años. Me anima en el camino que escogí en actos de suprema sinceridad para con lo que hago, como los aplausos tras mi exposición: era un tema terrible, la tragedia y la muerte siempre nos causan escozor, y sin embargo, se logró capturar un interés estético con el trabajo.

El motivo de mi viaje estaba marcado por el amor a una tierra desconocida, amor que por momentos se vio opacado al sentirme influida por algunas conversaciones con gentes de otros países y del mío mismo, por momentos se me pegó el pesimismo, se me pegó el descontento de encontrar a una nación en palos. Sin embargo, la desazón no duraba mucho, no alcanzó nunca para inundar mi alma llena de tantas expectativas y de tantas ganas de conocer.

El taxista don Joaquín, exmilitar, campesino, y ahora conductor de un auto con los años de Matuzalém, me regaló en su compañía historias sin tiempo, que me invitaban a veces a una tristeza profunda al ver que a la revolución ya le hace falta más que una mano de pintura; sus palabras de amor para con la política de su país, la seriedad de su palabra sin pretensión notaba tanto amor por el partido, como por un sueño perdido, en contraste con su afán inmenso de salir para poder cambiar la situación: “somos un país muy muy pobre, la hemos pasado muy mal, pero siempre he amado mi país y su revolución, sin embargo, quiero tener una vejez tranquila al lado de mi familia en Miami”. En otros momentos me compartía sus historias de amores y poemas, algunos de ellos para cierta señorita que no quiso dejarse amar: iel amor sentimental es tan natural y sencillo para los cubanos, se enamoran se casan y si se les pasa pues se dejan sin tanto problema!

¡Pareciera que el amor fuera tan simple para ellos! Y por las carreteras llenas de historias, el auto de don Joaquín me llevó al inmenso y tranquilo mar de sus recuerdos.

Dentro de las cosas que me hicieron llorar de tristeza está sembrado en el recuerdo de una noche en el malecón. Conocí a un grupo chicas, empezamos a hablar de la vida, de las olas al chocar contra el muro, del olor del cigarrillo, de la niña de 4 años de una de ellas, de la Habana, de la lluvia que se aproximaba. Mientras la conversación sucedía llegó mi pregunta:

-¿Ustedes estudiaron?- a lo que una de ellas respondió:

-Nosotras no, no quisimos, pero ella sí- señalando a la de mayor edad del grupo

-Era maestra-

-Sí- respondió ella, como quien no quiere la cosa.

-Era maestra, estudié dos especializaciones e inglés, pero me cansé de aguantar hambre... y ahora hago esto...

Amargo trago al escuchar esto: ahora hago esto... una maestra deja de ser maestra, un militar deja de ser militar, no por convicción sino por necesidad, por hastío, por cansancio. Quieren salir, ¡y yo con estas ganas locas de entrar!

Los admiro porque son diferentes, porque son tan únicos y sus problemas tan hondos que podemos predecir que van a decir para ganar una divisa más... ¡y son tan humanos! Con la misma humanidad que encontraría en cualquier ser sobre la faz de la tierra... pero tan amables y sus miradas tan sinceras...

Siento que en la maleta verde que viaja en éste avión traigo algo del alma de Cuba, traigo a Martí en 27 tomos: mi más grande orgullo, la perla máxima de mi biblioteca y de mi amor. Siento que luego de recorrer esas palabras podré menos que nunca olvidar este primer encuentro con tan amado país. Tengo la certeza de quererle más que antes y de admirarle y de sufrir con él las penas y pesares como si del mío propio fueran... si me lo permiten. Nunca me sentí tan en casa. Tal vez sea la proximidad que con sus letras me han llegado al corazón, o la

calidez de su gente, o lo sonoro de su hablar, o tal vez sea que en el fondo sigo total e irrevocablemente enamorada de la utopía.

Ahora, mientras la noche me lleva de nuevo a la fría ciudad que digo odiar, en un avión que me trae de la ciudad que digo amar, no puedo dejar de pensar en todos, jóvenes, viejos, extranjeros, cubanos, a todos les conocí un poco, todos me compartieron un pedacito de su mundo, y no puedo hacer otra cosa que estar agradecida con todos.

No puedo evitar las lágrimas cuándo recuerdo que lo logré, cuando en mis ojos quedaron inscritas cosas que mi alma no podrá olvidar. Lloro al regresar de mi país porque por fin logré ver con mis ojos lo que las letras me habían narrado. Con todo lo contradictorio que hay en mis pensamientos, no puedo dejar de confesar que al ver las lucecitas de mi fría ciudad me sentí tranquila, estaba de nuevo en mi lugar de confort, entre el mar de emociones encontradas, de querer regresar, pero también el temor de sufrir, porque nos han hecho cómodos y nos aterra salir de la zona de bienestar.

A todos los que me acogieron en sus delicadas muestras de afecto, en su palabra sin reproche no me quedan más que darles mis gracias. La Habana me sirvió bien, siento también el ahogo y la náusea: debe ser el trasnocho, los rones de anoche o el movimiento incesante de este avión que me causa malestar o tal vez es la sensación del sentir que no se puede ser maniqueísta con ese lugar, es una tierra que mucho más que eso: los cubanos son en definitiva desbordantes.

Don Carlos, de quién no me despedí, a quién tal vez jamás logre decirle lo agradecida que le estoy por sus 80 pesos cubanos, y quien me demostró que en un país en donde los recursos son tan escasos me dieron de lo poco que tenían sin pedirme retribuciones; en un país del que se dice que al turista se le ve con el signo pesos, algunos seres maravillosos me trataron como persona, me vieron con los ojos de quién ve a una chiquilla, porque sí, en éste viaje me sentía con 16 años, no tuve más que eso, tal vez porque mi alma se rejuveneció de experiencias.

A los que los juzgan con alevosía solo me queda decirles: ¿Atrasados quiénes? ¿Acaso alguien de mis círculos se ha tomado el tiempo para escuchar de mi boca la historia de los judíos desde Abraham hasta Hitler

con pleno interés? ¿Acaso alguno de los parques de mi ciudad es lo suficientemente seguro cómo para estar casi a la media noche hablando con un desconocido reparador de refrigeradores, y que además de todo este personaje se tome el trabajo de darme de su dinero para pagar mi taxi? Me niego a creer lo que muchos piensan, que el cubano es amable sólo porque te mira con el signo pesos, me niego a creer que sus actos de amabilidad son sólo porque quieren que te cases con ellos para sacarlos del país. Yo creo que lo hacen porque nos llevan años luz en una cosa tan sencilla que se llama: humanidad.

Llegué hastiada hasta el cansancio de los turistas quejambrosos por no tener shampoo en el hotel, o porque nos dieron pasta en un coctel de bienvenida. ¿Acaso, podemos ser tan miopes para no ver la maravilla de gente con la que nos topamos de frente? ¿Nos cuesta tanto ver la belleza en las manos de un anciano armando un tabaco? ¿Acaso, no sentimos la tranquilidad que brinda una ciudad sin las monstruosas vallas publicitarias? ¿Acaso, no podemos simplemente admirar una ciudad tan limpia como La Habana? ¿Es que no podemos mirar la hermosura en la sonrisa de los niños al enseñarte cómo funciona la pizarra? ¿Es que seguimos creyendo que niños con Tablet computer se llama progreso?

No todos por supuesto, hubo gentes de otros países maravillosas, costarricenses, brasileros, peruanos, que también lograron ir más allá de la pauperización de la diferencia. En estas personas pude encontrar la camaradería para admirar antes de criticar. Con ellos nos admiramos de que con lo poco se puede hacer mucho y espero haber construido lazos que nos permitan comunicarnos desde las diferentes esferas en las que vivimos.

Pese a lo pesado de maleta hoy después de toda una vida me siento más liviana. Y me siento como en mi sueño revelador, envuelta en el azul con sal y en su olor a tabaco, me siento como la bailarina azul del Próximo circo. Me concibo como mi amiga cubana muy acertadamente describió cuando me negué a contarle de lo que mis ojos vieron en su Cuba linda: "Se lo que hay detrás de tu silencio, a ti te duele Cuba, porque Cuba tiene la magia de encantar dolorosamente, Cuba tiene el ritmo de Benny con la nostalgia de la Loynaz y la locura de Carilda, tu sientes un infantil dolor por Cuba que mi anciano dolor bien conoce..." Sí, mi amiga acertó perfectamente a lo que por mi corazón pasa; sí,

Cuba me encanta dolorosamente, porque por más que quisiera estar al margen de cualquier postura política, no puede dejar de apabullarme el saber una tierra tan rica en cultura y educación pase tan duros momentos desde hace tanto tiempo. Me duele Cuba, porque siento el ocaso de una época en sus aires, porque el mundo se ha encargado de asfixiarla tanto que pareciera que la tela no resiste más.

Cuba necesita un cambio y todos lo sabemos, solamente espero que con esa misma fuerza con que los cubanos han demostrado al mundo su valía, puedan seguir siendo tan ellos donde quiera que los vientos geopolíticos los lleven. Sentí en el aire el ocaso de una época, pero sé muy bien que tras la oscuridad siempre sale el sol... y a todas éstas ¿quién soy yo para predecir que se muere o qué sigue? Dicen que la revolución se viene muriendo desde que empezó, llevan más de 50 años y sigue contando. Tal vez los cubanos sorprendan de nuevo con su impresionante ingenio para darle soluciones viables a tan maravilloso país.

Salí de Cuba con dolor en el pecho y tristeza, creí que eran los rones de la noche anterior, al regresar a Bogotá creí que era la altura. Ahora que han pasado algunos días desde mi regreso, casi tantos como los de mi estancia en La Habana, el dolor sigue presente cuando los recuerdo, cuando les leo. Pese a lo cómoda que vivo en mi tierra, yo quisiera regresar y quedarme tanto tiempo como fuera posible. No con poco miedo quiero inventarme un sueño que me permita regresar. No sé qué tan comprensible sea la fascinación que siento, pero pienso constantemente en la posibilidad de quedarme a vivir en aquellos ojos verdes que me miraron con tristeza y con dulzura, de quedarme a vivir en ese rostro esculpido en mármol, con piel de terciopelo.

Marley Cruz Fajardo

Marley_cruzf@hotmail.com

Licenciada en Educación Básica con Énfasis en Educación Artística, de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Trabajo de grado: Estéticas de la imagen: el papel de la mujer en la publicidad y su influencia en el imaginario cultural femenino, en los espacios pedagógicos. Asistente de investigación en el proyecto *UD "Otras memorias, otras luchas: relatos e imágenes del comercio y su impacto en el imaginario cultural: transformaciones en el espacio urbano de Bogotá 1980-2010"*, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.